

Schopenhauer. De este último toma prestadas varias de sus críticas a Kant, pero matizándolas y enmarcándolas en el contexto del pensamiento realista. También tienen especial importancia las consideraciones de Millán sobre temas tan trillados en la ética realista como los de la ley natural y las inclinaciones naturales. En estos puntos, las consideraciones del libro superan con mucho las más habituales sobre estos temas y ponen de manifiesto la enorme virtualidad de doctrinas dejadas parcialmente en desuso debido a un tratamiento reiterativo y arcaico. Millán articula con maestría la noción de naturaleza con las de libertad y razón práctica, poniendo en evidencia que las deformaciones más corrientes en el naturalismo ético moderno y contemporáneo provienen más que nada de malentendidos e incomprensiones.

De igual modo, es conveniente hacer notar un rasgo central del método seguido por Millán en todas sus consideraciones, cual es su constante referencia a la experiencia moral como fuente originaria de su discurso intelectual. Para este autor, la vida moral pre-filosófica, expresada principalmente a través del lenguaje habitual, es el punto de partida de la *via inventionis* de toda filosofía moral auténtica. Inclusive reconoce que existe toda una tematización moral pre-filosófica, que es suficiente al hombre común para llevar una vida moral adecuada y a partir de la cual comienza la tematización filosófico-ética propiamente dicha. Además, conviene mencionar la muy aguda crítica que Millán efectúa al relativismo ético contemporáneo, ejemplificado en el pensamiento del filósofo inglés Richard Brandt, precisando acertadamente los diversos sentidos de «relativismo», resaltando las penetrantes críticas que les dirigiera Husserl y desmontando prolijamente, uno a uno, cada argumento relativista. Esta sección del libro es de verdadera importancia, habida cuenta de la difusión de la actitud relativista en la gran mayoría de los ambientes del pensamiento contemporáneo. Por último, hay que destacar la aplicación que hace Millán a la ética de la estructura materia-forma. Efectivamente, para Millán Puelles, toda la ética puede ser reducida ya sea a la teoría de la forma moral, ya sea a la teoría de la materia moral. A la forma moral pertenecen el modo de ser propio del imperativo o del deber moral, su índole propia, y a la materia, todos los elementos contentutísticos de la obligación ética. Y sobre esta estructura organiza casi toda la temática del libro, dándole una forma de presentación inédita en los trabajos de ética general.

Nos encontramos frente a una auténtica obra maestra de la filosofía moral. Bien estructurada, originalmente presentada, bien escrita —como todas las obras de Millán— y sobre todo bien pensada, con la actitud de objetividad que es la nota propia de los grandes libros. Millán no ha seguido en la elaboración de este libro ningún esquema habitual o preestablecido: lo ha pensado o repensado todo de nuevo, remozando y reactualizando de ese modo la inagotable cantera del modo realista de pensar en filosofía. Lo ha hecho en un vivificante diálogo con el pensamiento contemporáneo, lo que otorgar a sus consideraciones una actualidad notable. Por todo esto, no es exagerado afirmar que se trata de una obra maestra, en la que se aprende, como en toda obra maestra, muchísimo, y que deja la sensación, una vez terminada, de que al lector se le ha ensanchado el alma.

Carlos I. Massini Correas

VITTORIO POSSENTI, *Razionalismo crítico e metafisica. Quale realismo?* (=Quaderni per l'Università). Editrice Morcelliana. Brescia 1994. 144 páginas. ISBN 88-372-1555-X.

Con este libro, Vittorio Possenti, profesor de la Universidad de Venecia, sale al cruce del llamado *racionalismo crítico*, cuyo vocero más destacado en nuestros días es el fi-

lósofo alemán Hans Albert. Este libro de Possenti tiene su origen en un debate cuyo ámbito de expresión literaria ha sido la revista italiana *Biblioteca della Libertà*. En 1992 y 1993 tuvo lugar en las páginas de este periódico un intercambio de opiniones entre ambos autores que entonces ha quedado inconcluso, sólo que ahora, con la aparición del trabajo aquí comentado, la controversia está llamada a adquirir un nuevo impulso, pues Possenti retoma el tema de la discusión en términos que, según es de esperar, merezcan de Albert la condigna respuesta. Esta respuesta, sin embargo, todavía no se ha producido, de acuerdo a la confesión que Possenti nos transmitiera personalmente en su reciente visita a Buenos Aires con motivo de la celebración de la XX Semana Tomista (septiembre de 1995).

Advierte Possenti que la polémica entre el racionalismo crítico de Albert y la metafísica concebida esencialmente como filosofía del ser «non riconosce il suo centro nella dicotomia idealismo-realismo, ma nel confronto tra un realismo incompleto e a nostro avviso perfino rozzo, e un realismo che ha proceduto più avanti nell'intendere la natura della conoscenza nelle sue multiformi modalità» (p. 10). El autor admite la existencia de un punto de convergencia entre el realismo tradicional, cuya fuente primigenia se encuentra en la filosofía griega y principalmente en la obra de Aristóteles, y esta variante de realismo, cual el racionalismo crítico de Albert: «Non si dà sapere filosofico né scienza senza una qualche forma di realismo, essendo entrambi guidati dall'intento di conoscere ciò che è, la realtà: essi pertanto risultano almeno in linea di principio alleati» (p. 13). Estamos, luego, frente a un racionalismo que pretende ser un «realismo crítico», el cual, a pesar de evocar un nombre ya empleado décadas atrás en una dirección claramente diversa —recordemos que *realismo crítico* fue la denominación adoptada por algunos neoescolásticos lovanienses para justificar su peculiar actitud acerca de las relaciones del conocer con el ser, entre quienes ha descollado Léon Noël, pero que ha suscitado la pronta y enérgica reacción del *realismo metódico* patrocinado por Étienne Gilson—, ha escogido una orientación que, a su debido momento lo distingue tanto del realismo de la tradición grecocristiana cuanto de las variantes contemporáneas de aquellas posiciones racionalistas contra las cuales Albert no oculta sus gestos de rechazo severo y enfático. No se lo puede colocar, entonces, al lado de la Escuela de Frankfurt, de la ontología de Heidegger, del neopositivismo, de las inclinaciones propias de la epistemología de Popper, de los neomarxismos surgidos a la vera de la decadencia cultural del comunismo ordinario, ni mucho menos en el marco de la exégesis de una postmodernidad que, de la mano de Habermas y de Vattimo, propugna un «pensamiento débil» a la manera de una muestra taxativa de la crisis de la racionalidad humana derivada de su divorcio con respecto a la más robusta especulación metafísica de Occidente. Por eso Possenti estima necesario un regreso a las teorías que dan cuenta de la naturaleza del conocimiento humano alejándose del planteo antitético que opone la ciencia al filosofar. Es preciso un rescate del sentido de la abstracción intelectual que permita la certificación de los nexos entre la experiencia sensible y el conocimiento superior, ya que, de lo contrario, las hipotecas del sensismo y del empirismo continuarán impidiendo la determinación exacta del estatuto noético del saber científico y, por consiguiente, de la misma filosofía, que no puede entenderse de un modo heterónomo en relación con la *scientia* (pp. 23-51).

La posición de Albert y del racionalismo crítico frente a la ciencia y a la filosofía se resume en cuatro afirmaciones fundamentales que Possenti señala justamente como el talón de Aquiles de este movimiento: 1) todo conocimiento es de suyo falible; 2) el racionalismo es adoptado metodológicamente como la vía excluyente del conocer humano; 3) la razón del hombre apunta a la comprensión de la realidad que nunca pierde su condición hipotética; y 4) la certeza y la verdad se hallan separadas y aun contrapuestas por u-

na tensión mutua (p. 54). De ahí el acierto del autor al pensar que el esquema básico del racionalismo crítico de Albert sigue enraizado en su punto de partida kantiano y de cuyas consecuencias, sobre todo en el campo de la metafísica, difícilmente pueda escapar: «L'assunto centrale della metodologia di Albert consiste nell'idea secondo cui è possibile ottenere un rendimento *realistico* dalla trasformazione del *metodo trascendentale kantiano*» (ibid.). Por nuestra parte, nos animamos a sugerir que esta verificación obrada por Possenti a la vista de la doctrina de Albert presenta no pocas semejanzas con los numerosos intentos destinados a reacomodar el trascendental de la *Crítica de la razón pura* a planteos ontológicos que nunca han podido —a veces, ni siquiera deseado— emanciparse de la ilusión que lleva a ver en Kant el árbitro insustituible de toda empresa enderezada a revisar el significado de la metafísica, como a su momento lo han hecho Fichte, Hegel, las escuelas neokantianas de Baden y de Marburgo, la fenomenología de Husserl y de Heidegger y el propio Joseph Maréchal.

En la sección titulada «Lo statuto dei primi principi» (pp. 77-93), Possenti arriba a una inferencia que el racionalismo crítico de Albert no está en condiciones de desmentir: este extraño realismo se ocupa de la metafísica «solamente en vista de la física, o sea, para encontrar un estímulo en la formulación de nuevas teorías físicas, de modo que la metafísica, lejos de ser la forma más alta del saber racional humano, y por eso sabiduría, posee valor en cuanto esté ordenada a las ciencias positivas y vale, por así decir, como una disciplina auxiliar» (p. 93). Compartimos plenamente este juicio, porque Albert nunca ha superado la tendencia a reducir la metafísica a un mero instrumento de una razón cuyo fin ya no es la especulación de la verdad en la teorización de los primeros principios y de las primeras causas de todas las cosas —el meollo del agnosticismo de Kant plasmado paradigmáticamente en la *Crítica de la razón pura*—, sino la ductilidad de su método para regular el conocimiento físico de una naturaleza artificialmente transformable en pos de su aprovechamiento utilitario.

Se entiende sin inconvenientes que el racionalismo crítico de Albert, como anota Possenti, haya desembocado en una genuina contrateología (cfr. cap. V: «L'attacco alla teologia», pp. 95-124). La sumisión de la metafísica a los intereses de la ciencia positiva impide al racionalismo crítico la captación de la magna e irremplazable función del principio de causalidad. De ahí también la desinteligencia que esta corriente, con el propio Albert a la cabeza, acaba de manifestar cuando le cupo expedirse acerca del sentido de la moral cristiana (pp. 108-113). Empujado por la virtualidad de sus premisas, el racionalismo crítico «toma partido contra el cristianismo», bien que de una manera ora frontal, ora sinuosa, y así, «faciendo del cristianesimo il fiore più alto e il profumo più acuto della cultura, lo uccideva onorandolo, poichè gli toglieva l'anima» (p. 124).

La conclusión del filósofo italiano está sintetizada en el título de último capítulo del libro: «Il razionalismo critico come "pensiero debole" del razionalismo e del positivismo» (p. 125). Conclusión del todo justificada a lo largo de los análisis ofrecidos por Possenti, quien estima que el racionalismo crítico se yergue como un «nuevo iluminismo», lo cual concuerda con las declaraciones que Albert ha emitido cuando se vio obligado a definir la impronta de este modo de pensar que parece estar cautivando a un buen número de adherentes. Como contrapartida, Possenti propone un rumbo francamente disonante con respecto al sugerido por su ocasional contrincante: «Noi abbiamo bisogno di un pensiero che, diversamente da quello che assume la validità dell'obiezione critica, non assomigli ad un pugno chiuso, ma ad una mano aperta; e che si riallacci all'eredità del mondo filosofico cristiano europeo» (p. 140).